

Estas son unas verdades que hacen temblar, y no son como aquellas verdades indeterminadas que se dicen á todos los hombres y que ninguno se las aplica á sí mismo; acaso no habrá persona en mi auditorio que no pueda decirse á sí misma: Yo vivo como la mayor parte de los hombres, como los de mi clase, de mi edad y de mi estado, luego estoy perdido si muero en este camino; ¿pues qué cosa mas propia para atemorizar á una alma en quien ha quedado aún algun cuidado de su salvacion? Con todo eso, la multitud no tiembla; solamente un corto número de justos trabajan separadamente para su salvacion con temor; todos los demás viven tranquilos, todos saben que generalmente hablando, el mayor número se condena; pero todos se lisonjean de que despues de haber vivido con la multitud, serán separados de ella en la muerte; cada uno se figura para sí el caso de una excepcion quimérica, y cada uno se promete una suerte favorable.

Por eso dirijo mi discurso, católicos, á vosotros solos que estais aquí presentes; no hablo de los demás hombres; os miro como si fuérais solos en la tierra; pero escuchad el pensamiento que me ocupa y espanta. Supongamos que ha llegado ya vuestra última hora y el fin del universo; que van á abrirse los cielos sobre vuestras cabezas; que se manifiesta Jesucristo con toda su gloria en medio de este templo, y que vosotros solamente habeis venido aquí para esperarle, y como unos tímidos reos á quienes se les va á pronunciar, ó una sentencia de gracia ó un decreto de muerte eterna; porque por mas que os lisonjeeis, morireis en el estado que hoy os hallais: todos esos deseos de conversion que ahora os entretienen, os entretendrán hasta la hora de la muerte; esto lo confirma la experiencia de todos los siglos; lo que hallareis entonces de nuevo, será acaso mayor cuenta que

dar que hoy; y así casi podeis juzgar de lo que os ha de suceder al salir de esta vida, por lo que os sucediera ahora si hubiérais de ser juzgados en este instante.

Ahora os pregunto, aunque lleno de confusion y espanto, sin separar en este particular mi suerte de la vuestra y poniéndome en la misma disposicion que yo quisiera que os halláseis vosotros; os pregunto, pues, si Jesucristo se manifestara en este templo, en medio de este concurso, el mas augusto de todo el universo, para juzgarnos, para hacer la terrible separacion de los cabritos y de las ovejas, ¿os parece que seria colocado á su derecha el mayor número de los que aquí nos hallamos? ¿os parece que seria á lo menos igual el número? ¿os parece que hallaria siquiera entre nosotros diez justos, pues no los halló el Señor en otro tiempo en cinco ciudades enteras? Esto os pregunto, católicos; vosotros lo ignorais y yo tambien lo ignoro. Vos solo, ¡oh Dios mio! conoceis los que son vuestros; pero si no sabemos quiénes son los que le pertenecen, sabemos á lo menos que no le pertenecen los pecadores. ¿Quiénes son, pues, los fieles entre los que aquí estamos? Los títulos y dignidades no se deben apreciar, pues habeis de ser despojados de ellas en presencia de Jesucristo; ¿pues quiénes son? Muchos pecadores que no quieren convertirse, muchos mas que lo quisieran, pero que dilatan su conversion; otros muchos que nunca se convertirán sino para recaer; finalmente, muchísimos que se persuaden á que no necesitan convertirse; este es el partido de los réprobos: separad de este santo concurso estos cuatro géneros de pecadores, pues en el dia de la cuenta han de ser separados. Venid acá, justos; ¿dónde estais? Reliquias de Israel, pasad á la derecha; trigo de Jesucristo, apártate de esa paja destinada para el fuego. ¡Oh Dios! ¿dónde están vuestros escogidos?

¿Y qué es lo que os queda, Señor, para herencia vuestra?

Católicos, nuestra perdición es casi indefectible y no pensamos en ello. Aun cuando en esta terrible separación que ha de llegar á hacerse algun dia no hubiera de haber mas que un solo pecador de este concurso al lado de los réprobos y que una voz del cielo nos lo asegurara aquí sin decirnos cuál es, ¿quién de nosotros no temeria ser este infeliz? ¿quién de nosotros no examinaria inmediatamente su conciencia para ver si por sus delitos merecia este castigo? ¿quién de nosotros no preguntaria temblando á Jesucristo, como en otro tiempo los apóstoles: Señor, ¿acaso seré yo? *Numquid ego sum Domine?*¹ Y si se concedia algun término, ¿quién no procuraria apartar de sí esta desgracia con las lágrimas y los gemidos de una sincera penitencia?

¿Qué prudencia es la nuestra, católicos? Acaso entre todos los que me oyen no se hallarán diez justos; ¿se hallará menor número? No lo sé, ¡oh Dios mio! yo no me atrevo á fijar mi vista en los abismos de vuestros juicios y de vuestra justicia. Acaso no se hallará mas que uno solo. ¿Pues cómo no os asusta, católicos, este peligro? ¿se persuade cada uno de vosotros á que ha de ser el solo dichoso entre el gran número que ha de perecer? ¿Vosotros que teneis menos fundamento que otros para creerlo, vosotros, sobre quienes debiera caer la sentencia de muerte, aun cuando no cayera mas que sobre un solo pecador de los que me oyen?

¡Gran Dios! ¡qué poco se conocen en el mundo las amenazas de vuestra ley! Los justos de todos los siglos han temblado de espanto, meditando la severidad y profundidad de vuestros juicios en orden al destino de los hombres. Se

¹ Matth. 26. v. 22.

han visto muchos santos solitarios despues de toda una vida penitente, que atemorizados con la verdad que acabo de predicaros, y poseidos de un temor para el que no habia consuelo, estando para morir hacian temblar de miedo su pobre y austera cama, y con una voz ya desfallecida preguntaban á sus hermanos: ¿Os parece que el Señor tendrá misericordia de mí? Y acaso hubieran caido en desesperación si vuestra presencia, ¡oh Dios mio! no hubiera calmado inmediatamente la borrasca y mandado al mar y á los vientos que se sosegasen; y hoy despues de una vida conforme con la de la multitud, despues de una vida mundana, profana y sensual, cada uno muere tranquilo, y cuando es llamado el ministro de Jesucristo tiene precision de fomentar la falsa paz del que agoniza, de no hablarle mas que de los infinitos tesoros de las divinas misericordias, y de ayudarle, si es lícito decirlo así, á que se engañe á sí mismo. ¡Oh Dios mio! ¿qué prepara la severidad de vuestra justicia á los hijos de Adán?

¿Pero qué es lo que se ha de inferir de estas grandes verdades? ¿Acaso que debemos desesperar de nuestra salvación? No lo permita Dios. Solamente el impío por vivir tranquilo en sus desórdenes, procura persuadirse en su interior que todos los hombres perecerán como él. No debe ser este el fruto de este discurso, sino el desengañaros de este error tan universal, á saber: que nos es lícito hacer todo lo que los demás hacen y que la costumbre es un camino seguro; persuadirnos á que para salvarnos es necesario distinguirnos de los demás, ser iguales, vivir separados en medio del mundo y no parecernos á la multitud.

Cuando los judíos cautivos estaban para salir de Judea y marchar á Babilonia, el profeta Jeremías, á quien habia mandado el Señor que no desamparase á Jerusalem, los ha-

bló de este modo: Hijos de Israel, cuando llegéis á Babilonia vereis á los habitantes de aquel país que llevan sobre sus hombros dioses de oro y de plata, y que todo el pueblo se postra en su presencia para adorarlos; pero vosotros entonces, en vez de dejaros arrastrar de la impiedad de su ejemplo, decid en vuestro corazón: Señor, vos solo debéis ser adorado: *Te oportet adorari, Domine.*¹

Permitidme, señores, que acabe mi discurso dirigiéndoos las mismas palabras: al salir de este templo y de esta Sion santa, volvereis á entrar en Babilonia; volvereis á ver aquellos ídolos de oro y plata en cuya presencia se postran todos los hombres; volvereis á hallar los vanos objetos de las pasiones humanas, las riquezas, la fama, los deleites, que son los dioses de este mundo y á los que adoran casi todos los hombres; vereis aquellos abusos que el mundo se permite, aquellos errores que autoriza la costumbre, aquellos desórdenes de los que casi ha llegado á hacer ley la impiedad. Entonces, amados oyentes míos, si quereis ser del corto número de los verdaderos israelitas, decid en lo íntimo de vuestros corazones: Vos solo, ¡oh Dios mío! merecéis ser adorado: *Te oportet adorari, Domine.* No quiero tener parte con un pueblo que no os conoce; nunca tendré mas ley que la vuestra; los dioses que adora esta necia multitud no son dioses; son obra de la mano de los hombres y perecerán con ellos; vos solo sois inmortal, ¡oh Dios mío! y solo vos merecéis ser adorado: *Te oportet adorari, Domine.* Las costumbres de Babilonia en nada se parecen á las santas leyes de Jerusalem; yo os adoraré con el corto número de los hijos de Abraham, de quienes aun se compone vuestro pueblo en medio de una nación infiel; endere-

¹ Baruch 6.

zaré con ellos todos mis deseos hácia la Jerusalem santa; la singularidad de mis costumbres será tenida por flaqueza; pero feliz flaqueza, Señor, que me dará fuerza para resistir al torrente y á los engaños del mal ejemplo; vos, Señor, sereis mi Dios en medio de Babilonia, del mismo modo que lo habeis de ser en la Jerusalem santa: *Te oportet adorari, Domine.* ¡Ah! llegará tiempo de que se acabe el cautiverio; os acordareis de Abraham y de David; libertareis vuestro pueblo; nos volvereis á la ciudad santa, y entonces vos solo reinareis en Israel y en las naciones que no os conocen; entonces, destruidas todas las cosas, aniquilados todos los imperios, todos los cetros y todos los monumentos de la soberbia humana, y permaneciendo vos solo eternamente, se conocerá que vos solo merecéis ser adorado: *Te Domine oportet adorari.*

Este, católicos, es el fruto que debéis sacar de este sermón: vivid separados, pensad continuamente en que el mayor número de los hombres se condena. No hagais caso de las costumbres si no están autorizadas con la ley, y acordaos de que los santos han sido en todos tiempos hombres singulares. De este modo, despues de haberos apartado de los pecadores en la tierra, sereis tambien separados gloriosamente en la eternidad. Amen.



à otros medios de conversión y conversión de mérito. Y
cuerpo los que del padre de familia movidos de los
escribidos que ofrecen en ellos, la piden que las
anunciar la zizafia que el trigo encarnado habia
do en el campo divino, cuando se los y los de
que esta historia que en el mundo se cuenta a
no sea por su y sus utilidades en el orden eterno de la
providencia.

No obstante, esta obra se ha destinado á servir de
y purificar y probar á las almas que se preparan á salir
y de motivo de instrucción y de ejemplo para los que
deben ser á la vez de ejemplo para los que
todas y todas y que en el mundo se cuenta a
los que en el mundo se cuenta a

SERMON

PARA EL MARTES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.

los unos á los otros: *Quis enim scit suum proximum?*
portante el espíritu las razones ciertas y las utilidades de
esta obra.

SOBRE LA CONFUSION DE LOS BUENOS CON LOS MALOS.

*Si peccaverit in te frater tuus, vade
et corripe eum inter te, et ipsum so-
lum; si te audierit lucratus eris fra-
trem tuum.*

Si se hubiere ofendido tu prójimo,
vé, y repréndele en particular; si te
oyese, habrás ganado á tu prójimo.

MATH. 18. v. 15.

Una obligacion de las mas esenciales y de las mas igno-
radas de la vida cristiana, es el uso que debemos hacer de
los vicios ó de las virtudes de los hombres con quienes te-
nemos precision de vivir. Por eso la divina sabiduría per-
mite la confusion de la zizafia y el trigo de los justos y
de los pecadores en la Iglesia, para proporcionar á unos y